

Las Guerras del Caos

El regreso del antiguo

Gabriel Andrés Valderrama Pino

Estudiante de Tecnología Criminalística e Investigación Judicial
Fundación Tecnológica Antonio de Arévalo TECNAR
Colombia

La tenue luz de la luna se colaba entre los destrozados cristales de las ventanas del Templo de Oriente, lo cual dejaba ver –aunque muy poco en realidad– el rastro de la masacre: cuerpos mutilados, todos pertenecientes a valientes guerreros y sus aprendices. Las paredes se encontraban empapadas de sangre mientras que el suelo se ahogaba en charcos donde las vísceras navegaban sin rumbo. Algunos cuerpos mantenían empuñadas sus armas, otros aun vestían sus pijamas y muy pocos seguían en las camas. Fue en las cavernas del Templo donde la mascare alcanzó su punto más abominable. Los cuerpos degollados de niños se encontraban apilados tras los restos de escasos guerreros y valientes niñeras. Más allá de las cavernas, cruzando por un laberinto de túneles, yacían los cadáveres de los Mentores que lograron sostener por más tiempo la batalla.

Tras los cadáveres maltrechos de los Mentores, el atacante caminaba hacia el lugar por el cual sus víctimas dieron sus vidas. Se encontraba envuelto en sudor y sangre, su respiración era agitada y sus pasos torpes. Sonrió cuando halló el gran portón de hierro que tanto había buscado, el cansancio no evitó que agitara una vez más su hacha con la fuerza suficiente para que tan sólo de un golpe lograra destrozarlo. Al momento que cedieron las puertas una ráfaga de viento lo empujó, haciéndolo tambalear a la vez que un rayo de luz le encandiló los ojos, dejándolo ciego unos cuantos segundos. Cuando recobró la visión, ingresó a la habitación. Con cada paso la luz se atenuaba hasta concentrarse en el centro.

Una repugnante presencia infestó el Templo y se regocijaba de los funestos actos realizados por el intruso, rápidamente *la presencia* descendió hasta la

recamara donde el asesino acababa de entrar. La luz, recogida alrededor de una caja de cristal que reposaba sobre un pedestal en el centro de la habitación, le permitía al intruso poder ver algunos de los objetos que quedaron absorbidos por la oscuridad: columnas, vitrales e ilustraciones de las paredes.

«Finalmente, tras eones de humillación tengo el poder para enfrentar a los Guardianes de este mundo. La raza del hombre se postrará una vez más ante los míos, este mundo me pertenecerá –dijo con gran emoción mientras guardaba su hacha y tomaba aliento». De repente, un crujido hizo estremecer la tierra y las voces desahoradas de cientos se hicieron presentes hablando al unísono. Se dirigían a aquel intruso vociferando palabras inaudibles. Entonces *la presencia* se introdujo en su cuerpo para aplastar sus entrañas. Presa del pánico intentó aparentar valor e ignorar el dolor. Con voz firme gritó «¿Qué quieres ahora?», el intruso aulló de dolor porque sus entrañas fueron comprimidas y de su boca, nariz y ojos brotó sangre. Retorciéndose en el suelo logró comprender lo que decían las voces.

«Somos ira, somos muerte, somos los señores del mundo. Zed, tú eres una marioneta que respira gracias a nuestra voluntad. Tus sueños, tus anhelos y tus metas no son nada. Vives, matas y morirás por nosotros, ¡Miserable excusa de guerrero, fracasaste en tu deber! ¡Aún hay dos niños con vida!... Pero ya no queda tiempo. Los Guardianes se aproximan y el sol está por salir. Toma la caja y huye». El dolor se detuvo y el intruso logró reposar de la agonía. Colocándose de rodillas vomitó torrentes de sangre junto a sus vísceras y, mientras lo hacía, sentía cómo en su interior nuevos órganos emergían. Limpió sus ojos, se levantó y tomó la caja para huir del Templo.

Los rayos del sol avanzaban hacia el Templo y, a la par de la luz, cien jinetes cabalgaban a toda velocidad. Cuando Zed emergió a la superficie y salió de la torre central, se topó cara a cara con los Guardianes, quienes al verlo quedaron estupefactos y sorprendidos –no por el hecho de que entre sus manos se encontrara el tan valioso y santo objeto, sino por quien lo portaba–. Antes de que los Guardianes desenfundaran sus espadas y se abalanzaran sobre el intruso, Zed apartó su mano derecha de la caja y tomó su hacha arrojándola hacia el guerrero más cercano, partiéndolo por la mitad al instante. En ese momento, Zed emprendió su huida hacia los jardines laterales.

Veinte de los Guardianes iniciaron la persecución mientras que los otros registraban y aseguraban el lugar en caso de que más intrusos se encontraran

dentro. Uno de los Guardianes que perseguía a Zed realizó apresuradamente un conjuro, el cual consistía en discos de luz que arrojó hacia el fugitivo. Pero Zed logró esquivarlos respondiendo con un conjuro de invocación.

Entonces una bestia ancestral, cuya silueta no había sido vista en el mundo desde los días de los Primeros Seres Humanos. Dicha bestia era un Tawelwch, quien se interpuso en el camino de los Guardianes, comenzando un combate feroz y fugaz, en el que ocho de los guerreros murieron. Valiéndose de sus jugos ácidos mantuvo a distancia a sus otros contrincantes. La monstruosa abominación no resultó ser presa fácil y para cuando lograron abatirla, se percataron de que el intruso había desaparecido.

Pero no quedaba tiempo para sentarse a descansar. La mitad del grupo fue enviado en búsqueda de Zed. La tarea se extendió por todo el templo y sus alrededores, a la vez que los demás Guardianes iniciaban una búsqueda distinta, porque al toparse con los primeros rastros de la masacre, temieron lo peor. Al caer la tarde, sus temores se habían confirmado. No encontraron ni un sobreviviente y los Guardianes enviados a buscar al intruso regresaron con las manos vacías.

Frustrados, los guerreros se dieron a la noble labor de recolectar y sepultar a sus hermanos abatidos mientras que el Comandante ordenaba a unos mensajeros ir hacia la ciudadela para que notificaran al Consejo. En cuanto los mensajeros partieron, cabalgando hacia el horizonte, el Comandante y sus hombres restantes continuaron con su labor de ofrecer descanso eterno a las víctimas de ese intruso maldito.

Mientras se esparcían a lo largo y ancho del templo, uno de los guerreros que más se había alejado de los demás gritó, y al instante todos sus compañeros, incluyendo al Comandante, fueron a la Torre Sur, guiándose más por sus oídos que por la visión. Al llegar al lugar de la emergencia se encontraron con dos niños de cabello castaño y piel clara, quienes vestían los atuendos blancos de discípulos. Los pequeños permanecían arrodillados junto los restos de un hombre que se sospechaba era su padre; los infantes fueron puestos al cuidado de Zafiro, una de las pocas mujeres entrenadas para tomar el cargo de un Guardián. Luego de asignar la vigilancia a un grupo de Guardianes, el Comandante dio la orden de trasladar a los niños a un edificio aledaño, el cual resultó ser las aulas de meditación, uno de los lugares más limpios después de la masacre. Con voz tierna y una cálida sonrisa en el rostro, la mujer intentó

charlar con los pequeños, pero ellos no respondieron. Al acercarse más a los infantes se dio cuenta de que los ojos de ambos niños estaban carentes de vida.

Al caer la noche, los pequeños se acercaron a Zafiro y ella los recibió entre sus brazos, nuevamente con voz tierna les pregunto si tenían hambre, los niños asintieron con la cabeza y cuando ella los apartó para levantarse e ir por comida, ellos se sujetaron rápidamente sus piernas inmovilizándola. Los dos temblaban y era evidente que no deseaban estar solos. Zafiro, valiéndose de su ingenio, logró que los pequeños la soltaran y también los convenció de acompañarla, pero antes volvió a dirigirse a ellos para realizar otra pregunta –díganme pequeños, ¿Cómo se llaman?–, sólo el más grande que aparentaba unos siete años, respondió con voz quebrada –Soy... Scott, y él es mi hermano Alan–. Zafiro sonrió y tomó a Alan entre sus brazos para acomodarlo y mantenerlo cargado con un solo brazo mientras que con su brazo izquierdo llevaba a Scott de la mano.

Al salir del aula recorrieron una corta distancia hasta la salida, llegaron a los jardines que bajo la luz nocturna mantenían un aura perversa que inquietaba incluso a Zafiro. Avanzaron unos escasos metros para luego detenerse debido a una gélida brisa que los estremeció hasta los huesos. Zafiro escuchó un ruido que relacionó a algo semejante a varios susurros, los cuales se hacían cada vez más intensos, y al ver a los niños notó que ellos también eran capaces de oír ese ruido. Al dar la vuelta con la intención de regresar, sus ojos quedaron abiertos como platos mientras bajaba a Alan al suelo y desenfundaba su espada.

Ante ellos caminaba un hombre alto que vestía una armadura antigua y mantenía una mueca repugnante en su rostro mientras tronaba sus nudillos. Los niños comenzaron a gemir y retrocedieron porque reconocían ese rostro. Zafiro no perdió el tiempo y de inmediato realizó un conjuro para invocar una ráfaga de fuego que engulló a Zed. Simultáneamente, Zafiro creó un campo de energía para mantener a salvo a los niños.

La noche se hacía más oscura y las cenizas de la masacre comenzaban a revivir con la nueva visita de Zed, quien venía a reclamar la sangre de los dos sobrevivientes. Zafiro aguardaba el momento exacto para atacar mientras llamaba a gritos a sus compañeros.

